

Bolardos de arena junto a la autopista (2024)

Gerardo Buendía

A Carolina Navarrete

1.

Prólogo

—Fueron tres horas de viaje. Esta vez estuvo rápido.

—Supongo que te acostumbras.

—Pues, la verdad, no me queda de otra.

—Siempre hay de otra, ¿no? ¿No?

2.

Domingo

Trece pesos gasté pa' mi viaje
sin saber porque todo pasó velozmente.

Nunca me dieron el cambio.

Me perdí solamente
entre las capas de polvo
buscando una cura.

*Quise hacerme un tatuaje, claro,
sobre la cicatriz que hizo el tiempo
en mi mano.*

*Una colección de flores quemadas
a la orilla del lago,
pero en collage
de objetos raros recortados
encima de un monte de aserrín.*

Me quedarán aún un par de horas
para recuperar esas vidas perdidas
que usé para amar esas reliquias fugaces.

(Allí puse mi anhelo).

Tantos besos que di para naufragar
en la cima del volcán, por ejemplo;
tantas palabras de una noche,
se arrinconan ahora
en alguna parte de mi.

Me llaman. Busca un escape.

Me veo. Hay un camino a lo lejos.

Veo en la luz un anuncio.

Cariño, tiene tu nombre.

3.

Amor de verano

Camino entre las calles inundadas.

Recojo al paso los restos de los árboles.

Encuentro a mi soledad, acaso, hundida, sin embargo,
con su guante blanco sosteniendo su sombrilla frente al mismo portal.

Voy con ellos.

Ellos van conmigo.

No sé si me conocen.

No obstante, alguien habla del tesoro:

el enredo sobre la líquida aurora navegante. Se disuelve.

Termina como casa a medias siempre
arriba de escombros enmohecidos.

Suenan ya los ladridos, a lo lejos parecen ritual de bautizo.

Deambulo sobre pedazos de cristal polarizado.

Alguien se calla al escuchar las sirenas por la avenida. Veo gente corriendo.

Me pierdo entre tantos sueños juntos. Me contemplo. Es mi reflejo sobre un tobogán de
fierro negro.

Pasan las horas. Oteo mi herrumbre, hacinada, por supuesto, se revuelve.

Acarician ahora la fragilidad de otra figura de piedra.

Sigo creyendo que podrá volver.

Incólume, pero arruinado, sonrío el tiempo.

Brota un presagio decadente; una mancha de sangre. Dijeron que fue por
malos tratos.

Alguien escuchó mis mensajes.

La garantía no incluye asaltos ni serpientes.

Hace un mes pensé que me recordarían si gritaba mi destino.

Hoy no recuerdo quien fue

el que abandonó este quebranto aquí

junto a la entrada principal.

4.

Periferia

Corren los niños a sus casas,
aún con sus mochilas de aluminio
donde se queman las imágenes.

Corren con tierna calma y soso lío.
Quieren ver a su padre de madera,
quien se sienta junto a la ventana
y busca en el paisaje un cigarrillo.

Corren y corren esas almas.
Buscan en la calle a un viejo amigo,
con quien jugaban a la guerra,
y con quien abrazaban el destino.

(Corren hacia el abismo todos ellos
como si pudieran tocar la lluvia con sus dedos.
Corren mientras juegan pirinola.
Ellos sueñan con que la suerte los abrace).

(Corren todos ellos aún dormidos,
se imaginan en la playa
sobre la arena pálida de un cenicero.
Allí dibujarán una casa más grande
y un jardín de flores de colores
para curar lo triste).

Corren los niños a sus cuartos,
aún con sus lágrimas de lata
con que pintaban sus temores
y donde sumergían sus infancias.

Corren ellos bajo el agua,
sintiendo el ardor del viejo invierno.

Corren sin parar buscando tiempo,
para reír, para bailar, para soñarse.

Corren toda vez que tienen miedo
pues la vida, sin querer, los va persiguiendo

como si acabaran de robar
una lata de atún.

5.

Domesticidad

Donde se quema la infancia se reúnen las madres,
donde aparecen de pronto los mismos fantasmas
en sus autos privados
con sus mismas voces.

*Acá no hay cultos ni fuertes, susurraron,
eventualmente el sol solamente
deambulando
sonámbulo
al borde de la ventana del cuarto
cómo queriendo acabar pronto su turno.*

Huele a neblina.
Ese sabor a azúcar en el cuerpo.
Adrenalina y eco
luego de haber probado más bien la belleza
de una pócima catártica.

*Tal vez así pueda soñar un rato más con las flores
y perderme entre capas de tiempo.
Besar, abrazar sin sentido, y no sentir más la lluvia
en las avenidas que traigo
pegadas a los párpados.
Eso repitieron.*

6.

Sábado

Todo el día observando en la pantalla
otro amanecer que se deshace
bajo mis plantas huidizas.

Anoche vi una fotografía instantánea.
Escuché una voz al pensarte
sin embargo, mientras salía junto con todos ellos.

Quise hundirme en un distinto caudal al verlos, lo confieso,
abrazarme con las hojas secas
en tanto crecen las cenizas
a un lado del sillón.

Todo el día viajando de un lugar a otro
como si fuera mío el sendero y su silueta.
Oí ninfas marinas. Y quise confundirme con su aroma.
O eso me dijeron que dijera si alguien preguntaba.

Nada ya detendrá mi desidia, por supuesto; fortuito vicio.
Se instala tras mis párpados
una semilla de piedra;
tiene todos los colores.

Solamente escapar de este solemne enredo
que me tiene atado a la distancia
sin poder quebrar en llanto. Ojalá me escuche. Ojalá me toque.

Tantas horas inútiles sobre la cama, insisto.
Tal vez sobreviva si me duermo.
Le invitaré un trago a la muerte un día de estos.
O escaparé poniendo mi suerte en otro cuerpo.
Pues, no me queda nada más.

7.

Pudiste haberte ahorrado 400 varos

Basta ya de poemas burdos, sin sustancia,
de poetas con sus poses ahogadas en el sueño
de acumular objetos raros.

Ojalá pudiéramos escapar, pues, de este infierno,
de este perenne baile, de esta rutina,
sobre la que deambulan las auroras
con sus cadenas de plástico ardiente.

(Me duele).

Hay mucha gente que no entiende
que la juventud en realidad no dura para siempre;
que el niño ya no sueña con ser grande,
y que la niña ya no quiere temerle a la noche
ni vivir entre las fibras de su estirpe.

Basta ya de las fotografías de escenas pobres,
de pobres contenidos reforzando fronteras.

Tantas galerías con adornos de gente falsa
sin luchas constantes que sustenten su precio.

Creo que aún podemos vivir juntos, por supuesto,
los fantasmas, las memorias, las flores sin forma,
todos formando la ciudad de espinas rotas
pensando cómo quemar los espejos.

Recuerdo cuando el tiempo volaba, todo era bello,
ahora caminar cuesta, sin embargo, tanto dinero.

La tristeza reina las almas. Todo cambia.

Me asomo a la ventana y sólo veo luces blancas:
marcas de placer coloreando el humo del templo.

(Me duele).

8.

Buenas noches, influencers

Buenas noches, *influencers*.

Buenas noches, viejo mundo.

Mete en tu mochila por favor tus infamias
y búscate en la web a ver si encuentras
el significado líquido de la fama.

No critico tu talento. Critico tus palabras,
carentes de sentido, de voluntad, de audacia.

Haz *stream* si quieres llegar rápido.

Quítate la ropa si hablar te cuesta mucho.

Buenos días, *influencers*.

Buenos días, nuevo mundo.

Acuérdate de la señora que trabaja nueve horas
para llegar luego a casa a escuchar a su hijo.

El niño que cuenta cuántos vídeos ha visto en fila,
la madre que comenta: «ya no hay pa' comida».

Todos en el cine consumiendo por la foto
mientras los restaurantes explotan al mesero.

Y esa persona que desapareció hace muy poco
dejó de ser tendencia.

Ya nadie le busca entre tanto desacierto.

Ojalá pueda cambiar todo, ¿no, hermano?

¿Sabes, tu, amor, cuándo es el próximo concierto?

Buenas noches, *influencers*.

Buenas noches, ciudadela.

Allá afuera está la vida, pero, ¿qué vida es esta?

Un día con una línea en un bar de mala muerte,
al otro trabajando vagamente en la oficina.

Como si todo estuviera bien.

9.

Punto G

Veo la televisión, de repente, por supuesto,
y encuentro allí nubosas presencias
susurrándome al oído.

Luces queriendo acariciar mis sueños, acaso,
gente que me habla como si me conociera
sólo porque comparto imágenes y ruido.

Escucho a la abuela repetir el sermón de la mañana
apenas me levanto,
escucho también el bullicio:
el niño de la esquina vendiendo su balón favorito (entre bisontes)
para comprarse luego un teléfono con cámara
que alguien le robará más tarde.

Ir y venir de información sobre mis hombros,
cómo bolsas de cocaína sobre un mausoleo privado.
Al fin y al cabo, dudo de los líderes del mundo,
con sus tristes cuencas llenas de edificios (de cartulina).

Ellos no cargan la cruz que cargamos nosotros, escuché un día.
Y todas esas máscaras que se toman *selfies*
junto a nuestras casas
un día por fin probarán el apocalipsis.

10.

MZ-2, LT-23, C-20

Seamos honestos, ya no es hogar la casa.

Se apilan una sobre otra y se repiten.

Muros espejo como contenciones
acaso decorados con propaganda
de un futuro que no existe.

(Ah. Ah).

Afuera.

Caen ruinas de cemento sobre el polvo.

Allí la gente sueña con huir.

Luego aparece nuestra bella quimera.

Nos abraza su suerte.

Y teniendo tres deseos, sólo pedimos existir.

Seamos honestos, somos cielo e infierno.

*El porvenir se mide ya no por la esperanza
sino por la profundidad de la caída y su forma
de compaginar héroes temporales.*

Y la vida, el amor, las pequeñas cosas

las compramos en pequeñas partes.

Y esos laberintos que se estriban sobre la vista.

Nunca duran lo suficiente.

(Ah. Ah).

En este autobús ya no cabe nadie, pero guarda espacio.

Por supuesto, necesito ese empleo, ese trabajo, esa comida.

Cierro los ojos. Pienso en el albor del mediodía.

Y luego cavilo: ojalá así pudiese tener algo

donde caer

para fundirme con la lluvia

cuando no logro llegar a dormir.

11.

Trece segundos sobre una metrópoli blanca

Vestigio del sueño, lo olvidé al llegar a casa.
Te encontré, sin embargo, al pisar la ciudad.
Este hogar me acompaña en el insomnio.
Ojalá estuvieras aquí para ver esto.

(Por fin rompí mi propia forma bajo el agua.
Al viento le hice una nueva promesa.
Presiento que perderé tu amistad si lloro,
pero sólo así podré volver a empezar).

13.

Bienal de Venecia

El viento, el gato, el rosal, preguntan si la construcción de la metrópoli va a durar mucho.

El reloj ha empezado a acelerarse. Y el aire se calienta.

Seguimos buscando en voz alta nuestra etiqueta: ¿cómo te llamas?

Aparecen las llamas disecadas sobre vidrios rotos.

Pensamientos parecidos, discursos en clave, formato líquido y agónico,

como café expreso de Starbucks, endulzado con azúcar de Oxxo

durante un congreso de modernismo sustentable, directo al archivo.

Se baña de angustia, la calle enmohecida se derrite.

Al cabo no somos su imagen, dice alguien.

Somos simplemente espectros.

Ellos hablan de una ciudad que no existe.

Continúan llamando futuro a una ocurrencia.

Sigue especulando la voz del sol, hace publicidad de su herencia

como un arrebato sistemático que contar en la siguiente entrevista en BBC
para conseguir *sponsors*.

Mientras, los poetas conversan sobre ahora sí empezar a hacer poesía,

pero hay que formar una editorial primero. Pongámosle un nombre subversivo.

Cine de viernes por la noche: una película de Adam Sandler con subtítulos.

No pueden faltar los cigarrillos, las cervezas, y una novela de Bolaño
sólo como pretexto para deshacerse del olor a carne.

La señora dice que a la ciudad le queda poco. A su madre le pasó lo mismo.

La memoria, el miedo, el amor, parecen despedirse de nosotros.

Entretanto artistas continúan en el *after*, abrazando su trayecto,
hablando de lo complicado que es el proceso:

una suerte de tierna melancolía cobijada de una otredad falsa.

Políticos juegan pirinola en el sótano de un bar clandestino.

Los arquitectos entretanto hablan de Luis Barragán frente al espejo.

Hace falta mejorar la calidad educativa, hay que crear un colectivo.

Invitaremos a músicos que escriben letras inspiradas en poder pagar la renta
el siguiente mes.

Lo transmitiremos en Zoom.

Será espectacular.

14.

Estrabismo (ft. Drea)

Traspasa al cuerpo
la vieja presencia de la casa alegre.
Mixtura de aire y noche
que ya no existe más en la mirada
ni en la idea.
Huele a tierra fresca,
pero sólo hay una foto en el librero.
Aparece. Y desaparece.
Se contrae entre danzas.
Acaso las tiernas *fuerzas*
del amor y sus caídas
allí
se imprimen.
Se difuminan sobre el paisaje,
las rutinas
hartas de ver la vida
desde el balcón.
El cemento gris grita en clave.
No resisto la tentación de irme lejos.
Sueño con que el mar me rompa.
Él se llevó consigo su *efímero* quebranto,
aunque me dejó su cálida *apofenia*
en algún lugar azul de la ciudad.

15.

La vida es como un concierto

La vida, me dijo alguien, es como un concierto.

Esta quien toca y se desvive entre líneas trágicas, entregando el cuerpo,
quien mira a una multitud mientras se pregunta:

¿cómo-cuándo empezó todo?

Esta quien replica los coros en silencio, evocando los buenos años
de cuando los meses iban más lento
y no se tenía que recordar tanto;

esta quien sueña con ser ese falso ícono a lo lejos,

quien consume algo para viajar dentro,

quien no sabía que esa banda tenía ese nombre.

Ah, esa canción ya la he escuchado antes.

Si, mi papá la ponía cuando éramos niños.

Esta quien lucha por no dormirse,

quien entre el oleaje del alcohol rememora su nostalgia,

quien sólo fue a acompañar a alguien,

quien no quiso ir solo.

Esta quien se asegura que el sonido sea el idóneo,

quien sigue al artista para tomar una foto

que publicar luego junto con una frase.

Esta quien sólo mira entre el gentío, buscando su lenguaje;

quien encuentra el amor en un instante crudo.

Esta quién rastrea la letra de una canción en su memoria,

quien espera a su amigo para felicitarle por el performance.

Esta quien documenta su trayecto,

quién se graba cantando como si alguien fuera a verle.

La vida, me dijo alguien, es como un concierto.

Sólo que no sabemos quién es quién

al final.

16.

SS

[Me puede el ruido.

Como si me dijera algo

en un código siniestro.

Pero, es sólo el eco del claxon, el ladrido,

el algoritmo con su ritmo intenso

en cuyo aroma luego confundo

ternura con vacío

para sentir que todo fluye.]

En otra parte el ventilador chueco, el camión de basura,

los niños que corren, el carro que no enciende.

El aullido apabullante de alguien pidiendo ayuda, y la señora

que pelea por sobrevivir otro minuto

encerrada en la cocina

soñando con salir.

Escucho luego la acumulación del tiempo:

el *hip-hop* improvisado de la calle, los anónimos chillidos,

la alarma sísmica, el organillero, los tronidos,

el panadero en su bicicleta vieja, la frontera con sus niños presos,

la voz de los muertos, el puesto de tianguis,

el taxista ebrio,

la mujer que corre, la ambulancia suena.

El soliloquio de un poeta esposado a la patrulla

por repetir poemas de amor. Luego los cacharpos.

Oigo el crujir del cemento, un sonidero, asaltaron a alguien.

Por allá está mi herencia, la noche sombría, mi espejo roto.

Suena una boda en la colonia vecina,

a dos casas murió la madre de un amigo.

Veo la tormenta llegar en forma de sequía, el polvo grueso

inunda las casas y enciende la tele.

Y a lo lejos el *man* que arrastra un carrito de camotes fluorescente,

sobre el boulevard vagabundea

como si no quisiera nunca llegar a alguna parte;

esquiva el estudiante su propia carga eventualmente,
el policía duerme, la tortillera gruñe,
los semáforos se incendian,
y el obrero sortea una serie de baches
perfectamente diseñados
para caer en el vicio a las doce del día.

Pienso de pronto en el destino.
Colección de fotos borrosas
apiladas sobre un pedazo de hielo
que quedó de la última fiesta.
Alguien que conozco habla de eso:
de la naturaleza muerta
anclada a macetas de barro prefabricado.
Se baña rápido a las 3:00 de la mañana.

17.

De lo onírico a lo accidental (ft. Luna Tatone)

Sueños y sueños.

Habitados por fantasmas,
se componen de olas y palabras
que deletreamos entre instantes.

Sueños y sueños,
translúcidos y huérfanos,
nos miran
a través de sus ecos,
como si fuéramos espiral petrificada
donde se despliegan las voluntades
de todos los tiempos.

Sueños y sueños, inciertos, radicales.

[Bailan sobre mi sus espinas].

Sueños y sueños, pintados por la rutina.

[Me hablan en clave].

Sueños y sueños, dónde todo es inefable,
infallible, accidental, casi imaginario.

[Desaparecen al tocarse].

Sueños y sueños,

dibujados por las ruinas,

se construyen de nieve.

Se levantan las hormigas.

[Invisible ritual].

Sueños y sueños,

evaporados, humeantes.

Territorios oníricos.

Se come poesía

detrás de la puerta prohibida

y bajo un cielo tiritante

en cuya corteza a veces despertamos.

Sueños y sueños
que son comisura,
que son vago escaparate:
pasado deletreado.

Sueños y sueños,
que son ardid, clamor
y viento detenido;
nos llaman desde la duda,
nos desdibujan,
nos comparten
[para sus adentros].

Sueños y sueños traducidos,
son habitados por abismos,
son contruidos por rupturas
que van y vienen
al mismo ritmo
en que desaparece
nuestra escritura,
[nuestra verdad].

18.

Lunes otra vez (ft. María Segundo)

Quiero dormir
una vez más con la luz apagada
más allá del viejo estanque
donde duerme la hoguera.
Allá están atrapadas mis flores
bajo la sombra del valle
que crece en silencio.
Aroma de espera
da la bienvenida.
Se mueven apenas por el sereno
los débiles brotes de mar
como si no quisieran decorar
con su ruina
la *incomodidad* del amar en voz alta
las luces distantes.
Baila el inconstante recuerdo
sobre mis hombros.
Me duermo.
Llueve dentro.
No es suficiente.
Vuelve el *agotamiento*, la suerte,
incluso hoy que puedo ver
la *lucidez* de la luna
en el sueño
de mis párpados rotos;
pero crece el ciruelo encima
de mi llanto;
me abraza
la incertidumbre.
El carrusel está encendido
y la puerta del museo se mantiene entreabierta.
Ven conmigo.

Ella también está mirando.

Lentamente duerme y se va.

19.

Sin título (Paisajes de la ciudad I)

Ayer en la Alameda me asaltaron.
Celulares y carteras, ya te la sabes.

Me quedé sin un cambio para regresarme.

Y mientras caminaba iba pensando.

No me dolió en realidad la feria.
Allí estaba la única foto que tenía de ti.

20.

Sin título (Paisajes de la ciudad II)

Anoche tuve un sueño extraño.

Alguien llegaba a casa.

Pero, yo ya no estaba ahí.

21.

América

Alrededor de esta isla
sueño con la oscuridad misma.

Siento que floto.

La noche no termina
como tampoco este recuerdo:

tú y yo...

Beso.

Ruptura.

Mausoleo.

(Lloro todavía).

Y me desvanezco de nuevo,
aunque camino con dudas,
escalando sobre fracasos,
sobre traiciones
y algunas voces lejanas;
oleaje de un ruido joven
moribundo
en cuyas alas pasó la vida
sin despedirse;
fantasmas en la habitación,
otra vez duele,
me estoy yendo.

Caigo entre cerezos
y siento afuera a esa gente
tratando de abrazarme,
tratando de escucharme,
aunque sin éxito.

Aferrados al infinito.

Aferrado, más bien, al presente.

Quisimos,

como siempre,

en tiempos distintos,

distintas formas.

Y nos hemos ido ya,

particularmente

porque se quebró la fuente

de donde sacábamos el tiempo.

Ahora la avenida

llena de gente

parece vacía.

No era yo el que hablaba.

Alguien puso esta tristeza aquí.

22.

La región más transparente

[Parte I]

Sale a la calle
con su traje de sastre,
los ojos encharcados
y un caminar apesadumbrado
donde a veces se refugia
y otras veces se enmohece.

Se sienta en el bosque.
Contempla el paisaje.
Luego se hunde.
Y en el mar de edificios
pronto se ahoga
hasta sentarse
en su trono de plástico
desde donde recuerda los lagos.

(Aún le abruma el mañana).

(Aún le duelen sus piernas).

Camina en círculos,
mientras en ella caminan todas las inercias.

[Parte II]

Sigue caminando.
Otro día en otra semana.
Medita seis años.
Allí donde llueven
digitales abrazos,
de repente dibuja
su propio calvario.
Busca todavía en su memoria.

Busca su magín en la tienda.
Y luego la multitud le acompaña,
pero ella no lo sabe.
Sólo ve sombras lejanas,
ruido,
sueño,
sangre,
recuerdo,
tristeza.

Y, sin querer, olvida su nombre.
Sólo recuerda la marca en su ropa,
en su traje de sastre
que hace años lleva puesto.
Casi como un fatal accidente.
Obituario anticipado.

¿Quién cobra el seguro?

23.

ABCD (ft. Anaid López)

[A]

Sucesos infortunados que dieron vida a la lluvia.
Gotas de fuego que cayeron en tierra cual polvo.
Somos dramas en cuya piel aparece una mancha de agua,
gotas negras que no son sino paisajes ignotos en una tabla de Excel.

[B]

Ritmos y pausas lejanas haciendo arrugas al tiempo.
Tiempo que anuncia la noche, la pausa, luego la muerte.
Anuncios, entonces, tropezando de pronto
con las rebeliones que dieron calidez a la nada.
Una vida de anécdotas.
Las nubes se mueven. Fatal accidente.
El cielo se abre. El corazón se enmudece. La mirada se calma.
Seguimos llorando.
Ella cree que queremos dejarla.
Es sólo el miedo a romperse de nuevo.

[C]

Sucesos lejanos, trinchera y olvido.
Derrama de ecos
de juventudes pasadas.
No vivieron las tinieblas callejeras.
Quisieron suspirar al sentir la desidia
de una tarde,
de una multitud enamorada y efímera
que aplaudió su propio vacío
tras la cortina de la sala
donde duerme su cambio.
Amores de rutina,
no se cansan de fingir su sonrisa
sólo para resistir el mañana
en la misma oficina.

24.

Piel de melón

Es tarde y voy para mi casa.
El sol me sonrío,
las miradas obreras me acompañan
cómo acompañan también al paisaje que se mueve.

Es este un viaje largo.
Aunque no tan largo como la jornada.
Tal vez ni siquiera es un viaje,
sino, más bien, una pausa:
apenas el encuentro entre la noche y el día.
Una pausa cobijada de cielo y humo.
Psicosis,
tan corto descanso:
lugar onírico para siempre quedarnos.
Para siempre.
Tal vez, sin embargo, sólo es un respiro,
oleaje lento
entre la bruma,
apenas el ruido contenido,
desnudo sobre la ruina;
es acaso una amistad lejana,
el calor que usamos
para sentirnos comprendidos,
y para, por un momento, llorar en secreto
abrazando el accidente.
Terapia en movimiento. Muerte.
Historia de amor y de pena.
Los ojos de alguien que nos mira
como si fuéramos su vida
yéndose con las horas.

(El sol me sigue sonriendo.
Continúa con sus llamaradas vagas,
sus tempestades rutinarias.

Aún no termina el viaje.

Todavía estamos dormidos

cada uno en su trinchera.

Y aún en nuestro sueño trabajamos tanto como sonreímos.

Esa es nuestra meta).

(Aunque, de pronto, es cierto, cerramos los ojos,

nos esfumamos de nosotros.

Levedad. Frontera.

Forasteros exhumados,

eso somos:

almas moribundas

en cuyos brazos se ahoga la esperanza

de pronto,

sin dar pelea).

25.

Carnaval

Camino con prisa, pero no sé a dónde voy.

Mis abuelos me llaman mientras duermo.

Ayer discutí con el televisor.

Sigue transcurriendo el tiempo, sin embargo.

Y no han sido días soleados estos, sigo enfermo.

(Ocaso).

Hace frío.

Ya no me encuentro. ¿Sigo vivo?

Creo.

Insomnio.

Volar, transfigurar, soñar. Eso quiero.

Vender mis manos por un sueldo.

Ir al hotel, al bar, al centro.

La ilusión de crecer ante el espejo,
aunque la lluvia colapse en mi propia habitación.

Sólo... Reír. Como quien llora entretanto declama un verso:
a los ojos de la multitud, pero en silencio.

Publicidad constante.

No somos arte.

(Propaganda. Difusión. Dicotomía).

Carnaval efímero en cuya voz viaja el olvido, la desdicha.

Seguimos intentando escribir un libro;
y las páginas, no obstante, siguen vacías.

26.

La traición de los arquitectos

[Parte I]

Por fin ha visto la noche
y todavía no abre los ojos.
Piensa distante que escribe
en el viento
su lenguaje
forrado de dubitativos desiertos.

[Parte II]

Como los velos, las flores, la creación.
Esconder el llanto, la pena. Ellos conversan.
Esfumar el amor del deseo.
Enterrar en la prisa la utopía.
Todo al final es delirio
(fama y desidia). Todavía no llegan.
Huérfana está la memoria.
La ciudad misma;
condenados a morir mientras miramos
nuestras piernas
hundirse en la rutina.
La de nuestro ego.
El lápiz y el papel encerrados en el plástico.
Animadversión, entretanto, en el escritorio hay un espejo.
Resistencia. Contemplación. Administrar en dosis: una cada terremoto.
Terrorífica visión. Cuál epitafio.
En ella deambula borracha la vida
y sus hijas, y las hijas del mercado:
ahora fantasmas caminando
más bien como recuerdos
de cuando quisimos copiar la levedad.
Recuerdos. Muerte. Escenario. Cartón envuelto.
Se escuchan los gritos.

El mismo paisaje, de pronto sobre la vista. Se repite.
Aire acondicionado a la mitad del jardín. Allí están los niños.
Diluvio anunciado. Inundación. Mientras tanto, sed.
Al final, ruinas de acero y cemento
que luego el tiempo incendia
con sus habitantes dentro. Todo se reiniciará.

27.

Mainstream (ft. Jesús Domínguez)

Pero, ¿qué te digo, hermano?

Si sólo soy un bato que anda en *metro*
buscando un espeso paisaje triste,
si luego ando en *Pantitlán* sin un céntimo
y paseo en el centro intentando hallar amores
de cuentos de hadas imposibles.

(A veces busco rimas en tragedias gringas,
soliloquios frente a espejos de bares raros.
A veces deambulo ruin por callejones extraños
como si viera pintado allí mi nombre.
Y eventualmente vuelvo a la isla de *serpientes*
donde pasea sin prisa el aire de la muerte
con su tarjeta roja del Mexibús).

28.

El día que Bad Bunny me regresó la vida

Ayer escuché un poema.

Una cosa simple.

El eco del conjuro

encima de la noche

desdibujando el cuerpo

cuál si fuera lluvia

arremolinada sobre la memoria rota

de la casa irracional.

El tulipán se escapa,

la droga se marchita,

vive en la herida el halo

de un amor antiguo

por donde pasea el tiempo

queriendo hacerme daño.

Pronuncio tu nombre.

Me enredo en tu miedo,

me acaricia el rechazo

con su silencio barroco.

Se enciende el insomnio,

y con él la marea se bifurca;

le siguen promesas aún sin revelar

encima de la cama.

Se renueva el encanto.

Quizá podamos releer el vacío,

volver a querer el fuego.

Se ha de morir al despedirse,

pero dejará su número sobre el buró

por si nos da frío.

29.

Voces en el cuarto

No sé si nací poeta o si me hice en el viaje.
No sé, en realidad, si hoy escribo por gusto
o para tirar el equipaje.

Tal vez sólo disfruto las palabras lejanas
porque en ellas puedo volver en el tiempo.

Tiempo. Ese concepto.

Todos los poetas la riman con «viento»,
como si no supieran rimar de otra forma.

Pensándolo bien, no sé si soy poeta.

Nadie nunca me nombra.

Ciertamente sólo bailo sobre restos
de un destino anclado
a la levedad subterránea.

No sé si la vida es un poema largo, cavilo,
se oxida con el vaivén de las horas.

Tantos poetas hablan de amor afuera;
graffiti en prosa, frase de película
arrinconada junto al polvo.

Ya no confío, pues, en la poesía del espacio.

Si al cabo no hay nunca espacio
para escribir un poema.

Ellos hablan de esencia, de creatividad, de levedad, de procesos.

Como si fuera una cosa que se desdobra
sólo con usar la máquina por quince segundos.

30.

B-Sides

Sumergido en tinieblas donde se dibuja lo otro,
bailas bajo olas y mantas de un raro estupor.
Has aparecido como sombra, alejada, taciturna, rebelde.
Te has distanciado del mundo para habitar un roto corazón.

Con una palabra solemne, no obstante, te olvidas del sueño.
Con otra desdoblas aquello que tiñe una canción.

Reencuentro.

Memoria.

En las pantallas celestes encierras tu encanto.
Huyes de pronto
hasta hallar en las calles el hosco presente:
refugio llameante
donde siempre es de noche.

Desde el abismo, el atisbar el horizonte
con sus efímeros gestos.
Tus ojos son la máscara de un tiempo siniestro; aleluya petrificado.
Nadie lo entiende.

Y la existencia sucede siempre en dos o más planos: la vida y la pausa.
Hay un cartel en la luna retratando tu piel.

Ensimismado y fútil, sólo resistes la tempestad de lo soso.
Tienes miedo del dolor en torno a tu ausencia.
Todo lo pintas acaso;
dolor y nostalgia como lluvia.
Eres fachada de un laberinto latente sobre las nubes livianas,
muralla solitaria de un cosmos herido.

Sumergido en tinieblas, duermes sobre una rara metáfora.
El viaje es allí una alegoría:
la voz de alguien que no habló nunca.
Instante, sin embargo, luego llanto. Luego retorno.
Revives el recuerdo de un niño que persigue el olvido con sus manos manchadas,
y te alejas toda vez que subes al escenario para ocultar tus lágrimas.

Todos aplauden.

Pero nadie se queda.

31.

Los románticos

Si hubiera sabido
que nací muerto
hubiera matado
para ver el mundo.

32.

Los sosegados

Si hubiera nacido

tan sólo fuera de aquí.

Quizá tendría ahora un lugar

dónde morir de pie.

33.

Sin título (Paisajes de la ciudad III)

Y de repente
me olvidé que quería
enterrar el mar.

34.

Av. Miguel Hidalgo no. 413

Si hiciera la cuenta de cuántas cosas he visto.

Serían demasiadas. No me creerías.

Es decir, vi caerse una iglesia un primero de enero.

Tiene ya tiempo.

Una vez vi llorar a mi abuela, por ejemplo,

no podía ella subir escaleras.

Se lamentaba.

Pero, si lo pienso bien, he visto más cosas:

vi morir a un vecino frente a mi puerta,

a mi madre tomar un cuchillo

para amenazar a mi padre;

he visto la luna entrar a mi alcoba, claro,

y vi una noche al mar alejarse de mi.

35.

El día que Vicente Rojo me dijo algo

Las cosas son así de simples:

hay fantasmas allá afuera,

comunican su dolor

cómo si la sola herida se vendiera por sobre todas las demás cosas.

Pero, el secreto radica

en alejarse del altar

y acercarse al basurero,

deambular bajo la sombra

mientras los creyentes rezan en voz alta

para que los demás escuchen.

No hace falta, pues, compaginar un manifiesto

para cantarle al bosque una canción triste

que hable de cómo sollozamos por no tener un espejo más grande

ni una foto frente al mar para validar el viaje.

Porque no hay mejor poema

que dos ballenas esculpiendo torsos

de concreto

sobre la caída de un tobogán, por ejemplo.

Las cosas pueden ser así de simples.

Hay fantasmas allá afuera,

dan conferencias

en torno de cómo vivir en Marte.

36.

La promesa erosionada

Creo que no existe mejor expresión
que la de la promesa erosionada.
Porque cuando era niño veía a mis camaradas
soñar en voz alta en el recreo;
pintaban mejor que cualquiera, lo recuerdo,
corrían más rápido que todos,
unos eran capaces de hacer trucos:
magia, laberintos, cantar suave, saltar alto;
recuerdo que otros solían imaginar nuevos mundos
mientras caminaban descalzos sobre el jardín:
creaban juegos nobles, nos enseñaban
a ver la profundidad de la vida
traducida en simples gestos.
Hoy todos ellos trabajan frente a un monitor.
Se preguntan: ¿qué pasó?
Aún no encuentran tiempo para responderse.

37.

Serpientes de aluminio

[A]

Es decir, hay serpientes de aluminio en mis bolsillos.

Me preguntan si pueden bailar con mi dinero.

No sé si debo responderles.

Es decir, sobre mis manos hay un volcán de cemento.

Debo regarlo al despertar.

Me he dado cuenta que crece cuando lo quemo
junto con la basura.

Es decir, se caen mis párpados de cansancio,
pero al dormir sueño que caigo
dentro de una tienda departamental.

[B]

Pero, nadie ha pensado en mis pulmones.

La vista es increíble,
no puedo abrir la ventana.

[C]

Soñé que despertaba.

¿Te das cuenta?

En el sueño tu estabas:

bailabas

encima de un ladrillo viejo.

38.

Los soldados

Salí al parque el otro día.
Me interceptó un soldado.
Me preguntó si traía dinero.
Se sentó a mi lado.
Hasta que le conté
que mamá había muerto
de tristeza
hacía unas horas.
Entonces, sacó su revólver
y me lo regaló.

39.

Ola (ft. Francesca Castro)

Ola

petrificada

cual registro

de una nieve blanca

deambulando entre una selva lejana

en la que se detiene el sonido.

El tiempo que la cubre

casi por completo.

La ola no siente el frío.

Inmóvil ante su reflejo.

Viva tras la palabra.

Espontaneidad como ritmo;

ritual para curar el alma,

para salvaguardar el instinto

de la vida cotidiana,

de todos sus abismos.

Hoja y espíritu.

Casi accidente.

Cruel y cruda.

Laberíntica.

No huye, pero no entra.

Painting of clouds.

Like touching mirrors.

Ola al final

entre el océano.

Pliegue en medio de la multitud con sus perfiles sombríos.

Como si los compartiera.

40.

Las casas

No sabe ella
que espero la lluvia
para guardarla.

41.

Cómo cuando hablamos por primera vez (ft. Lulu Arzaluz, Rubí García)

Duerme

con trágica nostalgia
sobre el *ruido*.

La piel se agota,
sigue alerta.

Harto de soñar siempre conmigo
caminando sobre las mismas llamas
me desmayo.

Ciudad de oro.

Alguien muere allá, sin embargo.

Balas, besos, gritos, orgasmos,
danzas pasajeras
en medio del progreso.

El *bucle*.

Se sacude. Me despierto.

La razón, el calor, el deseo,
me acompaña su llanto.

Es mi hermano con su voz de polvo
sobre mis zapatos rotos.

La bendición voraz, vuela, me susurra.

Me deslumbra el recuerdo.

Deambular de la otredad

pero en el espejo
de una casa ajena.

Paraíso entre paraísos.

Yo lo cargo. Es mi pena.

Sensación de asfixia,

baila el destino:

la intrínseca imagen sobreexpuesta

juega a la ruleta rusa

en mis ojeras.

Sabor a olvido,

me juzga alguien

y me levanto de la cama
para pelear por el fuego
mientras caigo sobre el azufre.
Escucho algo. Me escucha el humo.
Allá los aullidos callejeros,
eco repetido.
Construyen su hogar
sobre las cenizas
que deja el océano.
Pero, le preguntan algo al cielo.
Se ahogan mirando lejos.
Heme aquí.
Pinto con mi *sangre*
y comparto el pan
con el tiempo.

42.

Los candados

Fue real.

Era la voz del futuro.

Tardó tanto en decir algo
que la multitud se hizo piedra
al deslizarse entre pausas.

43.

Sin título (Paisajes de la ciudad IV)

Abraza tus errores, le dijeron.

No sabían que era el presidente.

44.

Un arquitecto

Copié poemas para entrar en la mesa.
Ya sentado me presentaron como escritor.
Ellos no sabían que recurrí a un truco:
copiar para sobrevivir.
Ese era mi lema.
Tomaba yo un poema
de amor, por ejemplo,
y le cambiaba el sentido.
Si decía, acaso: *percibo el mundo y te toco*.
Yo decía: *sin percibirse, el mundo se toca*.
Y así me gané mi lugar entre los otros que nunca advirtieron la magia
de transformar lo existente
en pequeñas partes
hasta conformar una imagen de más deformada.
Nadie sabe de dónde viene
y ese es el chiste de todos los chistes.

45.

Foto de un monumento de cartón, los niños lo queman

Apareció un gurú por la mañana. (Así pidió que le dijéramos).

Tocó la puerta un par de veces.

Yo recuerdo verle un folder negro

bajo el chaleco de pana.

Se sentó él en la sala apenas pasó por el pórtico,

miró de reojo las flores del patio, lo vi mirarlas, como si no las conociera.

Luego de pedir un vaso con agua me miró sorprendido,

preguntó porque estaba el refrigerador junto al televisor

y este junto al estudio,

y porque el escritorio tenía un adorno barroco,

y porque hacía tanto calor.

A los pocos minutos me preguntó por los niños.

Yo le dije que estarían en la escuela.

Son buenos niños, recuerdo le dije. Él simplemente sonrió

y jugó con su bolígrafo de tinta roja.

Reímos un rato. Le ofrecí una cerveza.

Por accidente, sin embargo, leí en su folder la palabra: *desmemoria*.

Entonces, hubo un silencio. Se escuchó afuera un tronido.

No quise salir a ver qué estaba pasando.

46.

Al otro lado

Me pedí un trago
para calmar este ruido.
Me tiembla la mano.
Ya no es gracioso.

47.

Retrato de una inmobiliaria

Fui a un baile el otro día.

¿Si te dije?

Ya no recuerdo.

El punto es que conocí a alguien.

Me la pasé increíble.

Fue en un terreno baldío.

Sí.

Hasta había magueyes.

48.

Si, un poema

Aprendí luego, con los años,
qué hay poemas que duelen
y hay otros que inspiran.
En unos puedes curar tus heridas,
configurar frágiles puentes
entre el sueño y el desvelo,
entre la idea y el recuerdo.
Casi como un baile a oscuras
luego de un beso en la cima del mundo.
Sin embargo, también hay poemas que queman
al mirarlos,
que te oxidan, te despojan,
revuelven la estirpe acumulada en los párpados
y la meten después debajo del mar.
Porque, a decir verdad,
hay poemas que son puertas, espejos, ventanas,
y otros que son muros,
otros que son camas, o escamas, o voces lejanas,
otros que son el rayo del sol
calentando una espina metálica
a la mitad de un desierto.

Tarda uno en entender esa condición:
qué hay poesía en el amor visceral
tanto como en la fachada de una casa
a la que el reloj ha convertido en un objeto inanimado.
Qué hay poesía que contamina,
otra que provoca;
una que sensibiliza, una que resguarda;
qué hay poemas sobre los que nacen presencias,
otros sobre los que muere un amigo.
Poemas como agujeros negros,
como banderas, como tormentas,

como semillas, como siluetas, como vehículo
para escapar del edén al final de la fiesta.
Porque hay poemas que cobijan el cuerpo,
mientras que otros lo atacan, o lo atan, o lo dibujan
hasta deformar su retrato.

Y un poema lo puede ser todo:
una nube, un volcán, un árbol, una manzana,
el pecado primigenio, la antesala de la esencia,
y también simplemente un par de frases
arrinconadas en algún lugar
de la piel,
simplemente esperando
por fin terminar el mismo trabajo.

En resumen.

Hay poemas que sirven para abrazar la lluvia,
otros que se crearon para entenderla,
otros que la atraviesan, otros que la observan,
otros que ayudan a amarla,
otros que la descomponen,
otros que ocupan sus gotas para tejer ciudades;
poemas donde la lluvia es sólo una imagen
que representa otra cosa.

Hay poemas que sirven para acompañar a la lluvia,
otros que simplemente le temen, que la idolatran,
otros que posibilitan tocarla,
otros que miden su fuerza,
otros que son ritual para llamarla,
otros que cuentan su historia.

Hay poemas de entre los cuales la lluvia descansa,
otros sobre los que la lluvia responde.

Hay poemas donde la lluvia se transporta mágicamente,
otros que hacen llover en el interior.

Hay poemas, no obstante, cuyas aristas predicen la lluvia,
otros donde la letra se sumerge en un charco,
otros en donde la lluvia se esconde de nosotros,
otros que son el río, el lago, el manto, la sombra de una cascada seca

otros que son una lata de cerveza,
otros que riegan las plantas al atardecer.

49.

Bolardos de arena junto a la autopista

*Los colocaron allí detrás,
pensaron que sumándolos
conformarían una gran isla
en derredor de serpientes calizas;
al cabo, configurarían un paisaje
hecho de pedazos de automóviles
articulados por héroes de ficción
(monumentales);
mira, recalcaron, esto parece una alfombra
de piedra erosionada,
la habitan hormigas rojas
y cuervos de silicón blanco.
Ayer pude verlos
durante mi trayecto.*

Pasaron los años, ellos continuaron.
Hasta ganaron premios
por construir bolardos
de arena
que parecen cementerios
con luces amarillas.

50.

La ciudad del futuro

Los nombraron paladines
a quienes tradujeron.
Y llamaron conquista
apenas al preludio.

Ahora ellos enmarcan sus fronteras
mientras los otros se resisten
dibujando auroras
de color marrón
sobre charcos de cloro.

Quizá termine pronto. Eso comentaron.

Es probable que adoren
el espíritu nocturno. Tal cual como nosotros.

Crecerán árboles de frutas
sobre las azoteas.
A cambio de tiranía finalmente.
Pero, habrá fotos increíbles.
Les acompañarán frases de amor.
Las financiarán las inmobiliarias.